

pertenecen nuestra alma y nuestro cuerpo,—la creacion espiritual segun el general modo de sentir de los Padres y doctores se halla dividida en tres jerarquías de ángeles, y cada gerarquía en tres órdenes ó coros. Estas gerarquías y estos coros son tan unidos como distintos, y su misma distincion coopera á su union y al concierto celeste con que glorifican eternamente al Santo de los Santos.



LIBRO TERCERO.

Del Protestantismo comparado con el Catolicismo
en sus relaciones con la civilizacion.

CAPITULO PRIMERO.

ESTADO DE LA CUESTION.

De cien años á esta parte se convino en asegurar, que en esta gran lucha entre la barbarie y la civilizacion, de la cual hemos nacido nosotros, la Iglesia ha representado la intolerancia, la oposicion al progreso de las luces, hasta la corrupcion; y que al Protestantismo y al Filosofismo somos deudores de la libertad de conciencia, del desarrollo de las fuerzas del espíritu humano, y de la reforma de las costumbres.

Si esto es verdad, me esplico y aplaudo el haberse alejado del gremio de la Iglesia muchos talentos elevados y corazones generosos, y comprendo la adhesion de los protestantes al Protestantismo, de los filósofos á sus

sistemas, de los incrédulos y de los indiferentes á su escepticismo. Por vacío, por mentiroso y desolador que sea lo que ellos prefieren á la fe católica; por persuasivo, por admirable y sublime que sea lo que resplandece radiante de verdad y de virtud en el seno de esta fe, comprendo que esta prevencion de que el Catolicismo ha sido el enemigo del desarrollo de la civilizacion, y que á despecho suyo este desarrollo se ha obrado en el mundo, se levante en su espíritu como una barrera de honor, como un motivo de repulsion, de desconfianza, ó cuando menos de oscilacion y de duda, y justifique á sus propios ojos su alejamiento y su resistencia.

No es, pues, un vano pretesto de polémica, ni menos un mal deseo de recriminacion el que nos mueve á volver á abrir este proceso: es un interes real, considerable, actual, pues que de la aclaracion de la cuestion depende, entre nuestros adversarios mismos, la resolucion y la salud de un grande número de almas.

El Catolicismo, ademas, en este proceso, ha sido hasta ahora condenado sin defensa. No ha tenido jueces, sino acusadores solamente, y acusadores interesados é injustos: la pasion y la prevencion mas malévolas y mas obcecadas han inspirado todo cuanto se ha escrito contra él de cien años á esta parte: este es un hecho que hoy dia empieza á ser reconocido, y que no es posible contestar sin hacerse cómplice otra vez del mismo hecho.

Sí, pues, restableciendo la verdad, el Catolicismo se presenta á su vez como acusador tambien, ademas de que lo será con verdad, lo será segun justicia, pues que apelando en esta grande causa, lo que parecerá acusacion en boca suya, no será en el fondo sino defensa, y si presenta el carácter de acusacion será por el abuso de aquellos que, queriendo imputarle sus propias faltas, le habrán puesto en la necesidad de serle imposible jus-

tificarse de ellas por otro medio que restituyéndoselas él mismo.

Esta situacion en que se nos ha puesto, debe explicar y excusar lo que tendremos que decir con verdad y con viveza sobre el Protestantismo. Pero la verdad, cuando se dice sin pasion, es como la lanza de Aquiles, que cura las heridas que hace, y aun mas, que cura con sus heridas.

Por último, mas ahora que nunca debo decir y declarar en alta voz que yo separo en mi intencion los protestantes del Protestantismo; y si á este le levanto el velo, no es para envolverles á ellos en los sentimientos de repulsion que debe inspirar el contemplarlo en toda su repugnante desnudez, sino al contrario, para desprenderlos y desengañarlos de él. No solo delante de los católicos, sino tambien, y principalmente delante de los protestantes, me propongo dar la verdadera version del Protestantismo. No serán ellos acusados, sino jueces, como tales los considero, y apelo de sus prevenciones á la honradez de sus sentimientos.

Antes de venir al fondo de la cuestion, seanos lie to ante todo valernos de todo cuanto dejamos sentado en esta obra, y sacar de ello un argumento previo, que simplifique, y hasta puede decirse que resuelva implícitamente la cuestion.

Si se separa el Catolicismo del estado actual de la sociedad, y toda la influencia que en él ejerce, no quedarán mas que dos disposiciones, dos influencias que hemos espuesto ya en su origen, en su desenvolvimiento y en su término: el Naturalismo y el Panteísmo.

El Naturalismo y el Panteísmo ¿son la civilizacion? Las locuras y los horrores que uno y otro han producido á nuestra vista, ¿no son la disolucion misma de toda sociedad, lejos de ser su apogeo? ¿Qué viene á ser una civilizacion en la cual se pone en disputa la propiedad,

la familia, la religion? ¿en la cual se ha llegado al extremo de decir que la propiedad es el robo, que el matrimonio es la prostitucion, que Dios es el mal; y en la cual se ha llegado á decir esto y á poder decirlo, por el efecto de haberse debilitado, ofuscado y borrado sucesivamente el órden sobrenatural en las almas, y por el efecto tambien de una doctrina que sustituyéndose á este órden sobrenatural, absorbe al individuo, á la sociedad, á la humanidad entera en un sentimiento pervertido de la Divinidad?

No, no se halla aquí la civilizacion, fuerza es convenir en ello: tampoco es este el estado rudimental de la sociedad: es el estado de barbarie, y la peor de todas las barbaries, la barbarie final.

Indudablemente poseemos grandes y bellísimos elementos de civilizacion: no trato aquí de formar causa á mi siglo, y tanto menos lo pretendo, en cuanto esto seria formarla al Catolicismo, único que á la hora presente salva y reanima estos elementos. Pero síntomas espantosos de disolucion, aparentes ó rechazados, no permiten que nos lisonjemos de una seguridad completa, y mucho menos que nos envanezcamos por ella. El bien y el mal se hallan hoy en una lucha sorda, que puede llegar á ser suprema. Nunca, y esto es un beneficio para nuestro tiempo, han sido uno y otro mas distintos y mas claramente divididos; nunca fué mas fácil señalar su causa, y separar la responsabilidad de cada cual.

Poco hace, lo que ha venido á ser Socialismo y Comunismo, y que no era aun sino Panteismo, Racionalismo ó Filosofismo, pasaba por fuerza de espíritu, libertad de pensar, y se elevaba hasta á la pretension de reemplazar la religion, y *ejercer el ministerio espiritual de las almas*. Entonces no habriamos ganado mucho en analizar estas doctrinas, y en manifestar que bajo el

crédito brillante de que gozaban, y entre los pliegues de su ropaje, llevaban las tinieblas y la barbarie.

Pero hoy dia no tenemos que emplear este trabajo; la Providencia ha permitido que el error lo hiciese por nosotros: solo tenemos que tomar acta de los hechos y de los sucesos de que la tierra tiembla todavía, y es claro, claro para todos, que el Socialismo es la barbarie.

Y no lo es menos que el mayor enemigo y el único vencedor posible de esta barbarie es el Catolicismo; si bien que todos cuantos desean no perecer, por hostiles que le hayan sido, y que le sean tal vez aún, se ven obligados á venir á abrazar sus altares.

Lo que queda de principios religiosos, morales y sociales, de autoridad, de libertad, de sociabilidad, de vivificantes virtudes, de influencia purificante y verdaderamente civilizadora, en una palabra, lo que mas neutraliza el Socialismo, es el Catolicismo.

Basta, y ni aun es necesario enunciar esta verdad: es el hecho de la época.

A la hora presente es, pues, manifiesto que el Catolicismo es la civilizacion.

Y no se olvide sobre todo, volviendo á cuanto dejamos espuesto en la segunda parte de esta obra, que el espectáculo, tal como se nos presenta á nuestra vista, se ha reproducido con frecuencia en el mundo desde el origen del Cristianismo: muchas veces el Catolicismo ha sido la salud de la civilizacion, tantas como heregías ha habido.

Si desde su nacimiento y en el largo decurso de su desarrollo la civilizacion cristiana no se ha visto cien veces vuelta á sumergir en las antiguas tinieblas del Maniqueismo y del Panteismo, y en los desórdenes del Socialismo y del Comunismo, es porque la Iglesia, vigilando infatigable sobre el depósito que se le ha confiado, ha siempre descargado sus golpes á derecha y á si-

niestra sobre la barbarie teológica ó filosófica, madre fecunda de la barbarie social.

Inútil es entrar otra vez en pormenores; y todos los que hasta aquí dejamos sentados nos dan derecho para sacar la conclusion. Aquí está la historia de la Iglesia, de sus concilios y de todas las heregías. Y si hay algun enlace ó unidad en la historia de la civilizacion cristiana; si hay una ley constante que domina la fluctuacion y la confusion aparente de sus acontecimientos; si existe, en una palabra, una filosofía positiva de la historia, es indudablemente la que resulta de la repeticion y de la constancia de este hecho que la atraviesa en toda su carrera.

Sobre este punto, aplazo á todos los entendimientos ilustrados, ó que quieren serlo.

Y ahora, ¿no me sobra razon para decir que la cuestion está del todo simplificada, si no es que esté ya resuelta?

¿Cómo hubiera sido contrario al progreso de la civilizacion el Catolicismo, que nunca ha cesado de ser el salvador de la civilizacion?

¿Y cómo el honor de este progreso puede recaer sobre doctrinas que nos han conducido á la barbarie?

¡Estraña confusion de ideas, estraña perversion del sentido moral y social, estraño yerro social aquel de que hemos sido todos juguetes de cien años acá, y que el estado presente del mundo parece muy á propósito para disipar! ¡La Iglesia y el Catolicismo acusados de haber sido los enemigos de la civilizacion! ¿qué digo acusados? condenados é inmolados como tales; ¿y por quién? ¡por el Protestantismo y el Filosofismo, es decir, por aquellos que nos han dado á Hegel, Luis Blanc, Proudhon, y que se dan á sí mismos por antecesores á Lutero, Juan Hus, Wiclef, los Albigenses, y los Vaudenses, Abelardo, Roscelin, Amaury de Chartres, y subiendo mas arriba, los

Neo-Platónicos, los Gnósticos, todos los Panteistas, todos los Maniqueos, todos los Comunistas, todos los conjurados, todos los rebelados contra la sociedad, y que no lo fueron contra la sociedad sino despues de haber comenzado por serlo contra la Iglesia!

En verdad, nos parece que, merced á la luz que el Socialismo proyecta sobre todos sus ascendientes, ya no es posible dejarse hoy engañar; y que la grande conjuracion urdida en el siglo décimooctavo entre el Filosofismo y el Protestantismo se va desenredando por sí misma á nuestros ojos, sin que tengamos que hacer otra cosa sino confrontar su principio contra la Iglesia con su resultado contra la sociedad.

Largo tiempo ha durado la ilusion, no lo niego, sobre todo si nos remontamos á su punto de partida, al Protestantismo, que se dió por reforma trescientos años hace; mas ¿qué son trescientos años en la larga historia de la Iglesia y de la sociedad cristiana? ¿Acaso no tuvo la misma duracion el Gnosticismo en el principio de esta historia? O mas bien, si se quieren seguir las evoluciones del error, ¿no se hallará ser estas tan largas como la permanencia de la verdad?

De todo lo dicho concluyo, que en su estado actual la cuestion puede ser préviamente juzgada, y que, sin entrar en el fondo, se puede dar por fallo, que la verdadera civilizacion no puede deber su desarrollo sino al principio mismo al cual debe su nacimiento, su salud y su conservacion; esto es, al Catolicismo y á la Iglesia.

Y ahora, ¿se quiere entrar en el fondo? ¿Se desea con sinceridad, con imparcialidad? ¿Se quiere analizar la civilizacion, distinguir cada uno de sus elementos, estudiar su filiacion, y saber quien del Protestantismo ó del Catolicismo tiene el derecho para revindicar este honor, cuál ha sido la parte espositiva ó negativa de una y otra doctrina en esta grande elaboracion? ¿Se desea

quedar completamente satisfecho sobre tan curiosa como importante cuestion? Hecho está el trabajo, y un trabajo á la altura de su objeto, un trabajo verdaderamente largo, profundo, elevado, estenso, lleno, y al propio tiempo filosófico y liberal, en la buena acepcion de la palabra. Jaime Balme, en su escelente y bellísima obra: *El Protestantismo comparado con el Catolicismo en sus relaciones con la civilizacion europea*, ha dispensado á cualquiera el escribir despues de él sobre esta materia. Preciso es leerlo, si se quiere pasar del estado de ciega preocupacion al estado de opinion ilustrada sobre la mas grande cuestion que pueda interesar á todo espíritu recto y de buena fe.

Esta bella obra, pues, viene á completar la nuestra, y no podemos menos que referirnos á ella. Lo que vamos á decir de nuestra cuenta no puede ni aun remotamente suplir su lectura: es una ligera tienda al pié de un grandioso monumento.

CAPITULO II.

DEL PROTESTANTISMO CON RESPECTO A LA TOLERANCIA.

Atribúyese al Protestantismo la gloria de los tres elementos principales de la civilizacion moderna:

- La tolerancia,
- Las luces,
- Las costumbres.

Veamos primero en este capítulo lo que tiene de verdad esta opinion con respecto á la tolerancia.

Vamos á limitarnos á algunos hechos en grande.

La libertad de la conciencia delante de los poderes civiles de la tierra es uno de los bienes mas preciosos de la moderna civilizacion; y es, sobre todo, lo que halaga la opinion de los últimos tiempos, porque ha favorecido el abuso que de él se ha hecho contra la conciencia. Libertad de religion se ha hecho sinónimo de libertad de irreligion, y aun mas que esto, de libertad de ataque contra la religion. Todo el siglo décimooctavo ha sido una